

NAZARETH HILL
RAMSEY CAMPBELL

Amy, una niña de ocho años, la llamaba la casa de las araña porque le daba escalofríos, hasta que su padre le reprendió por ser tan tonta. Su nombre auténtico era Nazarill, y no había nada de lo que asustarse; sólo era una mansión en ruinas con vistas al pueblo. Pero cuando el padre de Amy la aúpa hasta una ventana vacía para que pueda mirar dentro, lo que ve difícilmente calma sus miedos. Esa misma noche tienen una vívida pesadilla en la que su padre le dice que su madre está muerta, que ella está loca y que vive en Nazarill. Siete años después, tras olvidar sus visiones de pesadilla, Amy vive allí. Tras ser costosamente reformada, Nazarill se ha convertido en un edificio de apartamentos, y la que fue una ruina húmeda y fría ahora es el inmueble más atractivo de la población. Pero bajo la pintura brillante y la argamasa reciente, perduran los ecos del pasado maléfico de Nazarill. Y cuando Amy empieza a descubrir su historial de tormentos, está a punto de averiguar lo celosa que es Nazarill a la hora de guardar sus secretos.

Para John y Ann, que están para comérselos

Agradecimientos

Como siempre, Jenny estuvo ahí durante todo el proceso creativo, y la mera existencia de Tam y Matt me proporcionó la ayuda que necesitaba. Pete y Dana Atkins, en Cape Cod, también supieron darle al escritor lo que este necesita mientras trabaja. Soy de los que opinan que especificar el lugar donde se ha escrito un libro obedece al único propósito de darle envidia al lector pero, por si acaso no estuviese en lo cierto, me permitirán que admita que el manuscrito de esta novela ha hecho un viaje de ida y vuelta desde Wallasey a la Albufera, Roma, Cape Cod y de ahí directo a Danvers, antes de regresar al punto de partida y visitar Manchester y Swansea. En cualquier caso, donde de verdad reside cualquier historia es dentro de la cabeza del autor.

Habitaciones que no ve nadie

Al cabo de los años, Amy se acordaría del día que vio la casa de la araña por dentro. En cuanto la familia hubo salido de la iglesia, supo que no iban a dar un paseo en coche. Hacía media hora que había visto el brezal aherrumbrado que cubría los cotos ocres de Partington, mas ya el cielo de finales de octubre, o la niebla, para ser más exactos, se había cernido sobre los árboles. La mole de un edificio cuajado de negras ventanas se agazapaba en el parque, por encima de la plaza del mercado, rodeada de empinados tejados de color gris oscuro, y por debajo del dobladillo de la bruma adherida al firmamento. Sus padres remoloneaban en el porche de la iglesia mientras el sacerdote alababa la rapidez con la que crecía la niña, lo cual solo conseguía que se sintiera más pequeña, a no ser que esa sensación se debiera a la presencia de aquel edificio, desproporcionado en comparación con el tamaño de la ciudad. El sacerdote se despidió con un «Cuídense de las brujas», antes de dirigir sus hirsutas mejillas al interior de la iglesia, de la que emanó una tenue vaharada de incienso que fue a mezclarse con la húmeda fragancia del otoño.

—Qué cosas dice este cura —señaló el padre de Amy.

—Es por el día que es hoy, Oswald —repuso la madre.

—Y qué, sigue siendo un cura. Habrá tenido que estrujarse la sesera para salir con esa chanza, que es más vieja que la tarara.

—No empieces con tus palabras caducas, que pareces más senil que yo.

—Tu madre no está senil, ¿a que no, Amy?

—Más que tú, no.

—Ahí te ha puesto en tu sitio. —La madre de Amy tiró del cuello de su polo para taparse un poco más la pequeña papada que pendía bajo su barbilla, antes de abrocharse la chaqueta con forro hasta la nariz—. Bueno, ¿es que no vamos a casa?

El padre de Amy se desabrochó su cremallera por debajo de la nariz, para compensar, lo que liberó su atosigado cuello rechoncho.

—Hace un día de miedo para dar un paseo.

—Ya verás cómo terminas por provocarle pesadillas. Yo me conformaba con sentarme cerca de la chimenea.

—Todavía no sabemos lo que opina nuestra damisela. ¿Qué hay que hacer un domingo para aprovechar bien el día, Amy?

Aquel trasiego de cremalleras había conseguido que Amy comenzara a sentirse constreñida dentro de su chaqueta, por lo que le apetecía desentumecerse.

—Por mí, dábamos un paseo.

—Sí señor, contigo sí que nos vamos a mantener siempre en forma —dijo su padre. Arqueó las bien pobladas cejas en dirección a su esposa, al tiempo que le dedicaba un mohín conciliador—. Nos hemos malacostumbrado a meternos en el coche a la primera ocasión.

—Hay a quien no le queda más remedio si quiere llegar al trabajo.

—Seguro que los libros sabrán apañárselas sin ti, visto el tiempo que hace. —Cerró la puerta de la verja que delimitaba el empinado patio de la iglesia detrás de la familia—. Mira, Heather, te propongo algo que nos satisfará a todos. Cuando volvamos de nuestro saludable paseo por la colina, cogemos mi estofado y mi pastel de calabaza y nos sentamos junto al fuego.

—¿Cómo de largo, el paseo?

—A la colina, subir y bajar —contestó, lo cual podría haberle sonado a Amy como la estrofa de una canción infantil,

de no haber sabido a qué colina se referían. Tenía ocho años, a medio camino de los nueve y, para sentirse más segura, también tenía a sus padres. Los cogió de la mano a través de las manoplas y la familia se encaminó hacia la carretera principal.

No pudieron caminar en paralelo durante mucho tiempo. Tras doblar la primera curva pronunciada, el muro de metro y medio de alto que confinaba la tierra al pie del terraplén de una urbanización se inclinaba con tanta urgencia que los Priestley tuvieron que salirse de la acera. Sostenía el muro una cruz de hierro tan grande como Amy y tan cubierta de musgo como los ladrillos de grava, pero ella siempre esperaba que aquel cinturón invisible con hebilla en forma de cruz cediera y vertiera un trozo de Partington por el asfaltado. En vez de eso, lo que oía era el tenue murmullo de la autopista, monótono de tan lejano. Al final de la curva aparecían las primeras tiendas, Cabello Bello, la Farmacia de Gracia y la oficina de correos. Esta última hacía a su vez las veces de vinatería, tal y como se encargaba de delatar el aliento del rubicundo estafetero. La casa del parque seguía sin poder verse, por el momento, pero Amy se imaginaba que la mayoría de las calles laterales que partían de la margen izquierda de la carretera zigzagueaban en dirección al edificio como si este se hubiese apoderado de ellas. Su calle se resistía al hechizo y, al doblar la esquina de Libras y Biblias con sus padres y escuchar el golpeteo de las fichas de dominó tras las ventanas escarchadas, descubrió que se alegraba de que su casa estuviera en la otra orilla de la carretera principal.

A pesar de todo, le gustaban las calles próximas a la plaza del mercado, con aquellos ladrillos abombados, tan amarillos como la arena; aquellos dinteles de piedra más oscura que le conferían a todas las ventanas un ceño sempiterno, como si las casas estuvieran intentando acordarse de algo que tuvieran siempre en la punta de la lengua; aquellas habitaciones pequeñas y compactas del otro lado

de las ventanas que no estuvieran cubiertas por blancos visillos, los cuales Amy sabía que tenían por objeto ofrecer un aspecto recatado y que, sin embargo, asociaba siempre con prendas de ropa interior. En la Vista del Coto, vista que debían de disfrutar algunas de las habitaciones más elevadas, apareció detrás de una ventana una mano blanca de jabón que aclaró un óvalo en el cristal para enmarcar el semblante preocupado de una mujer. A lo largo de las Casas de las Aulagas, la primera calle transversal, dos niñas con caretas de brujas y sombreros de pico encendían bengalas prematuras que palidecían a la luz del día, varitas cuya magia intentaban invocar. En el cruce de la Vista del Coto con la Avenida del Mercado, donde las esquinas de las casas eran redondeadas en lugar de angulosas, un hombre se había subido a una escalera para darle tejas a otro hombre que se había subido a un tejado. Más allá de la avenida de casas, prensadas de tal modo que fuesen el doble de altas que de anchas, estaban las tiendas amontonadas a lo largo del Paseo del Mercado, el Naípe y el Vate, la Cáfila de Cafés y Menudos Peludos, la tienda de mascotas, además de Pedales con Modales, Coser y Cantar, Sombreros a la Cabeza, la Confiturería y el Tajo, que era como había bautizado el hijo del carnicero a la tienda, en un intento por igualar el ingenio de sus vecinos. Los Priestley dejaron atrás esa última tienda para llegar a la plaza del mercado. La distancia que separaba a Amy de la casa de la araña era cada vez menor.

Los puestos del mercado ya se habían recogido, como correspondía a aquella hora de la tarde de un sábado, después de un recital de repiqueteos y golpeteos que había resonado por toda la ciudad. La plaza se veía desierta, vigilada tan solo por un gato negro desde la ventana de una de las tiendas de comestibles que cerraba el mercado. Un puñado de desperdicios empapados se dejaba empujar por una brisa que le hizo pensar a Amy que algo muy grande y muy frío acababa de expeler un aliento. El aparca-

miento próximo a la plaza del mercado era el mejor atajo para llegar a casa, mas ya las rollizas manos de sus padres la conducían hacia el Camino de la Poca Esperanza, pasando por el Diente Goloso y Tus Noticias. Al cabo de un momento, lo único que podía ver al otro lado de las puertas aherrumbradas del parque de la colina era el edificio.

Su puerta partida era tan ancha como la mayoría de las casas de Partington. Tres ventanas estrechas ocupaban buena parte de la pared a ambos lados de la puerta, y otros dos juegos de seis se abrían encima de ella, donde la más pequeña quedaba debajo del tejado. Donde la mugre no había ennegrecido la fachada del edificio, el musgo se había ocupado de encostrarlo. Cuatro chimeneas, tan enormes que parecían desproporcionadas, ocupaban el esquelétrico tejado. A Amy le pareció ver que algo se movía a través de uno de sus múltiples agujeros, como si la casa solo estuviese haciéndose la muerta. Ya había llegado al final de la corta calle, después de que la hubiesen paseado por todo Nazareth Row.

—¿Va todo bien, Amy? —quiso saber su madre.

La ruina fingía que se retiraba, pero en realidad se mantenía en su sitio y se erguía por encima de ellos, creciendo al mismo tiempo. Amy intentó agarrarse con más fuerza a las manos de sus padres, de quienes no conseguía asir más que forro y relleno.

—Sí —respondió, en un intento por convencerse a sí misma.

—Si alguna vez fuese algo mal, seguro que nos lo dirías, ¿a que sí? No podemos dejar que las cosas que nos preocupen se acomoden en nuestro interior y llegue un momento en el que ya no podamos expresarlas en voz alta.

—Ya te ha dicho que no era nada, vida. Por qué no la dejas antes de que se ponga... si quiere que la dejes en paz, pues déjala.

—De verdad, que no es nada —insistió Amy, en un intento por zafarse de cualquiera que fuese el tema de con-

versación que había conseguido que los dedos de su madre se revolvieran inquietos—. Es solo que estaría mejor si nouviésemos que pasar por donde la casa de la araña.

Su padre le clavó los ojos en el cogote, sin aminorar la marcha.

—¿Por qué la llamas así? Ya sabes que tiene un nombre.

—No hace falta que grites, Oswald.

—Pero si yo no grito, ¿a que no, Amy? No puede decirse que estuviera gritando. El caso es que tú ya sabes que tiene un nombre, y ahí es donde queríamos ir a parar.

—Sí, papá.

—Esa es mi niña. A ver, que yo te oiga decirlo.

Amy hubiese preferido no decirlo en voz alta mientras la casa siguiera creciendo tan deprisa, revelando que era tan larga como ancha. Ya había dejado atrás las legañosas puertas de hierro y la verja, plantada en diversos grados de abatimiento, y el sendero de grava estaba haciendo tanto ruido bajo sus pies que se le ocurrió utilizarlo como excusa para no hablar. No obstante, la mirada de su padre eliminaba aquella opción, por lo que murmuró:

—Nazarill.

—A ver, sube un poquito el volumen. No sé qué notas piensas sacar si es así como le respondes a los profesores en el colegio.

—No va... —comenzó a protestar la madre de Amy, pero esta la interrumpió levantando la voz:

—Nazarill.

—¿Y por qué se llama así?

—Porque esto era antes Nazareth Hill, tú me lo has dicho.

—Eso es. Nazareth Hill. Nazarill. Así se ha llamado siempre, que yo sepa, así que, ¿por qué insistes en ponerle ese mote tan simplón?

Amy no lo sabía. Puede que la ominosa inmovilidad de la casa le recordara a una araña agazapada en su tela; puede que fuese porque, desde que se había dado cuenta del

miedo que le tenía su padre a las arañas pese a sus esfuerzos por ocultárselo, ella misma se había visto asaltada por temores que no era capaz de definir. Le faltaban las palabras para expresar tales conceptos.

—Lo siento —probó a decir. Le pareció que lo había aplacado lo suficiente como para conducirlo a él y a su madre lejos del sendero, hasta interponer un roble solitario entre la familia y el edificio en ruinas.

Las bellotas aplastadas bajo sus pies y la maleza humedecida por la niebla sugerían un frío que le atravesaba las suelas mientras se adentraba en el refugio del ramaje, tan antiguo como retorcido. El tronco, ajado, tan ancho como la cadeneta que componía la familia, escondió a Nazarill. Su padre le agarró la muñeca con ambas manos.

—Suelta un momento —le dijo Oswald a su esposa, al tiempo que montaba a Amy a caballito sobre sus hombros—. Voy a enseñarte que no hay nada de lo que asustarse.

Amy se encontró transportada hacia una rama nudosa más ancha que el brazo de su padre. Pendían de ella los restos de una cuerda, igual de empapada a la vista que al tacto y, cuando esta le rozó el rostro, a punto estuvo de golpearse la cabeza con la rama. Su padre se agachó en el último momento, por lo que solo recibió una ducha de gotas en el cogote mientras se alejaban del roble, con ambas manos entrelazadas en las de él. En el momento en que las pisadas de su padre se alejaron del césped anegado y comenzaron a aplastar la grava, la casa se encabritó contra la desproporcionada cima de la colina bajo el cielo encapotado y se abalanzó sobre ella.

Creyó que su padre pensaba asir el goteante y verdecido pomo de bronce para abrir las colosales puertas infestadas de hongos. Hasta ese preciso instante no se había dado cuenta de lo mucho que deseaba verlas abiertas, pero él viró hacia el agujero más próximo, donde antaño hubiese una ventana, y trotó con ella a horcajadas sobre sus hombros para demostrarle que aquello no era sino un juego. El

movimiento consiguió que una gota de agua helada se desprendiera de su cabello para bajar rodando por su nuca.

—Bueno, echa un vistazo —dijo su padre, con un deje jocoso que las ruinas devolvieron amortiguado y congelado—. Dinos qué es lo que ves.

Amy se dio cuenta de que las ventanas, alargadas y discretas, estaban demasiado altas como para que sus padres pudieran mirar en el interior. Solo ella podía y, antes de que pudiera arrepentirse, lo hizo. Vio una habitación más pequeña de lo que se esperaba. Las tablas del suelo estaban salpicadas del yeso verdoso que se había desprendido de las paredes y el techo, donde había sido reemplazado por hongos de diversos colores y texturas. La penumbra era tal que apenas conseguía distinguir la pared más alejada, donde una puerta, arrancada de sus goznes, se apoyaba en un oblongo de oscuridad. Amy se dijo que nada iba a aparecer de repente en medio de aquella negrura. No, siempre y cuando dijese algo cuanto antes.

—No es más que un cuarto —dijo, con todo el aplomo que pudo reunir.

—Eso es todo. Nada más que el cuarto de una vieja mansión de la que nadie se preocupa. —Su padre estaba hablando también con su madre, la cual había comenzado a frotarse los brazos como si eso pudiera surtir algún efecto a través del forro de la chaqueta. Aunque él había dicho que eso era todo, levantó a Amy y se dirigió a la ventana adyacente—. Aquí lo mismo, apuesto lo que sea.

Aquello era... demasiado para su gusto. Aun cuando pasase por alto el pelaje verdoso y purulento de las paredes y los fragmentos óseos esparcidos por el entarimado desnudo, también la puerta de aquella habitación estaba abierta. Era negra, como una película que cubriese algo que estuviese preparándose para hacer su aparición. Se estremeció, no solo porque la gota de agua hubiese encontrado el camino hasta su espalda.

—No veo nada malo —le dijo a sus padres y al cuarto.

—¿Arañas a la vista?

—No, papá. Ya te lo he dicho.

—En fin, eso querrá decir que no las hay, ¿no? No veo razón para montar escándalo de ningún tipo.

—Supongo.

Tendría que haber asentido con más entusiasmo, aunque la teoría de su padre no tuviese sentido. Este, poco satisfecho con su respuesta, se acercó a la siguiente ventana.

—Me parece que aquí tampoco vas a ver nada. Avísanos cuando te aburras.

—Yo creo que ya está bien, Oswald. Ha quedado bien claro, creo yo.

Cuando su padre se volvió hacia la mujer, Amy soltó una mano con la intención de sujetarse el cuello del abrigo y evitar que otra gota de agua rodara por su espalda. Había apartado la vista de la ventana cuando escuchó un movimiento sutil detrás de ella: un chirrido apagado, la clase de ruido que hacen las latas abandonadas cuando un animal callejero se mete entre ellas. Giró, no solo la cabeza, sino todo el tronco para mirar en la habitación mientras se palpaba el cuello. La gota de agua terminó por huir columna abajo cuando hizo presa en ella un estremecimiento tan violento que consiguió que su otra mano se soltara de la de su padre... que perdiera el equilibrio y se cayera dentro de la habitación.

Era más pequeña que las demás, apenas una celda atestada cuyas paredes desnudas rezumaban humedad. Olía como si hubiese permanecido cerrada durante muchos años. Puede que lo que fuera que hubiese estado preso hubiese fallecido allí dentro, porque podía verlo agazapado en la esquina más lejana, con los miembros apergaminados encogidos igual que las patas de una araña muerta, alrededor de su torso demacrado y huesudo, con las ramas ennegrecidas que eran sus dedos hincadas en sus mejillas, como si se hubiera arrancado la carne a puñados. En cualquier caso, aquellos dedos se movieron cuando ella se cayó. Se

despegaron de las comisuras de aquel rictus, de aquel bostezo revelado por la carne avellanada, y tantearon a ciegas hacia ella.

Sus piernas terminaron de separarse de los hombros de su padre. Podría haberse agarrado a los bordes del agujero que en su día había sido una ventana, podría haberse aferrado con los tobillos al cuello de su padre, pero sus pensamientos eran demasiado lentos. Unas manos la cogieron de la cintura y la desprendieron de su asidero. Pataleó como una posesa y sintió que su pie izquierdo golpeaba la espalda de su padre y, antes de darse cuenta, se encontró de pie en el suelo frío y congelado, donde la había depositado su madre.

—Ahórrate las pataditas, si no te importa —protestó su padre—. Me has hecho daño.

—No le echas la culpa, Oswald. Casi consigues que se caiga. Ya ha tenido bastante. ¿Estás bien, Amy? Estás bien, a que sí, mi vida.

Amy se sentía como si aún siguiera cayéndose aunque, a su juicio, estaba bien quieta. Su madre se acuclilló para mirarla a los ojos.

—¿No habrás visto nada malo, a que no?

Las rodillas de Amy comenzaron a temblar; le pareció que podía escuchar el castañeteo, a modo de sustituto de sus palabras.

—¿Tienes frío? —sugirió su padre, cuyo deseo de que tal fuera el caso resultaba audible—. Yo creo que tiene principios de gripe, ¿a ti qué te parece?

Quizá fuese solo eso; quizá el vistazo a la celda y a su ocupante no fuese más que el comienzo de una fiebre, de esas que te provocan pesadillas aunque uno sepa con seguridad que está despierto. Amy exhaló una bocanada que sabía a niebla y se estremeció mientras intentaba reunir el valor necesario para pedirle a alguien que la levantara y comprobar así que se había equivocado.

—Vamos a llevarte a casa, para que entres en calor —se adelantó su madre.

De repente, aquello se le antojó una alternativa preferible, pero el escrutinio aún no se había acabado.

—¿No te pasa nada más, no? —continuó su madre—. El frío y que has estado a punto de caerte.

Amy estaba dispuesta a jurar que así era si así conseguía alejarse de las ruinas, pero la arredraba el hecho de que sus negativas pudieran llegar a oídos indiscretos y consiguieran que un objeto ya fenecido se asomara a la ventana para abogar por la realidad de su existencia.

—Creo que sí, mamá —fue todo lo que se atrevió a decir.

—Pues claro que sí. Si solo hay que mirarte. —Acarició el cabello de Amy para retirárselo del rostro y se lo encajó debajo de la caperuza acolchada antes de conducirla hacia las puertas. La grava se clavaba en los pies de Amy, le atravesaba las suelas, reducía su marcha. Parecía que también estaba consiguiendo retrasar a su padre y, cuando hubo dejado atrás el roble, se arriesgó a echar un vistazo por encima del hombro. Hubiese creído que las ruinas reptaban tras los pasos de su padre, que la niebla había descendido para facilitarle el paso, para dar la impresión de que los únicos objetos sólidos de aquel terreno eran el edificio y el atormentado árbol. Todas las ventanas estaban tan oscuras como agujeros debajo de una roca.

—Cógeme tú también de la mano, papá —suplicó.

—Ahí que voy —respondió él, aunque apenas cumplió con su palabra—. Siempre y cuando no estuvieses temblando por mi culpa. Espero que sepas que ninguno de nosotros te haría nunca ningún daño, por nada del mundo.

—Claro —dijo Amy, con su mano libre estirada hacia él tanto como se lo permitía la longitud de su brazo. Su padre anduvo sin prisa pero sin pausa hasta acoger su mano en el seno de su manopla, a la que ella se asió a fin de instarlo a ponerse a la par con su madre y atravesar juntos las puertas